

«Mucha redistribución provoca paro»

José María Vinuesa Angulo

Catedrático de Filosofía.

Publicaba el diario *El País* el 19 de enero de 1998 una entrevista (pág. 62, entera) justificada por el hecho de que el entrevistado había obtenido recientemente el Premio Juan Carlos I de economía y, sobre todo, apoyada en su provocador título, que he tomado para este artículo.

Es preciso aclarar, en primer término, que se entiende por «redistribución». El periodista que hace la entrevista (Josep María Cortes) lo delimita mediante la siguiente contextualización: «Descartado un sistema plenamente igualitario queda el modelo redistributivo de muchas economías europeas». Es decir; estamos hablando del capitalismo avanzado que, por supuesto, descarta la igualdad, pero –frente al capitalismo salvaje– busca que las contradicciones sociales no lleguen a ser explosivas.

Pues bien, el entrevistado, en realidad, no declara que «muchas» redistribución provoque paro, como dice el titular. «Mucha» es un cuantificador absoluto y objetivo, aunque exija una cuota de referencia (límite a partir del cual la redistribución pasa a ser «muchas»). Lo que afirma el laureado economista es, en rigor, que la culpable del paro es la «demasiada» redistribución. Como este cuantificador («demasiada») es subjetivo y relativo a un juicio de valor, es más fácilmente entendible que, para Xavier Sala i Martín, meritísimo ganador del premio, según se deduce de sus

afirmaciones, toda redistribución (por poca que sea) es «demasiada».

Tal parece que la economía capitalista funcione de modo análogo al de cualquier sistema físico (hidráulico, eléctrico...), donde la energía procede de las diferencias de potencial. Desde ese punto de vista, el sistema no funciona si no existen campos de fuerza, diferencias de potencial que creen energía. Si el agua embalsada no estuviera mucho más alta que el cauce ordinario del río a pie de presa y su volumen no supusiera una acumulación muy importante, no sería posible la producción de energía hidroeléctrica. Así el sistema capitalista funciona mientras existan diferencias *no compensadas* de intensidad en la «energía económica» (el capital). La calificación de este sistema económico en una perspectiva radical-humana salta a la vista; eficacia, crecimiento, desarrollo, equivalen a desigualdad y opresión...

Ya en la propia entrevista de *El País* el Profesor Sala afirma que «los estudios empíricos demuestran que la falta de libertad política no es mala para el crecimiento económico. Lo que es malo es la falta de libertad económica, pero países que no son un modelo de democracia avanzada como Singapur, Chile o Perú no van mal. Es decir, no está claro que la falta de libertad frene su crecimiento». Una población, como la nuestra, habituada a escuchar lo de «España va bien» sin ha-

cer preguntas suplementarias, puede perfectamente acoger esto de que otros países «no van mal» sin pedir tampoco aclaraciones.

En rigor, tampoco era preciso justificar que, para el crecimiento económico, no hace falta desarrollo político; lo que habría que refutar es la vehemente sospecha de que, según las hipótesis implícitas, la democracia y una «excesiva» libertad han de ser frenos para un desarrollo sano y continuado. No en vano afirma Sala que «la democracia es un bien de lujo. A medida de que un país va siendo rico, va comprando democracia, y la gente valora más la libertad». Es de temer/suponer que expresiones tan definidoras como la de «comprar democracia» y el establecimiento del criterio empírico de que cuanto más rico es un país tanto más valoran sus gentes la libertad (!) son las que han granjeado al Sr. Sala el premio Juan Carlos I de economía.

La brillante idea de que el paro europeo esta causado por la excesiva redistribución de la riqueza demuestra una originalidad y una valentía propia de su juventud, como dice «El País», «es el académico más joven de cuantos han obtenido el premio». En todo caso, lejos de Sala la funesta manía del igualitarismo; afirma que lo peor para el crecimiento es la tendencia a cierta disminución de los desequilibrios: «Mucha redistribución de la riqueza puede ser desincentivadora y afectará negativamente al creci-

miento». Y esto, no hay que insistir en ello, sería gravísimo, porque el crecimiento económico, afirma Sala, «es bueno en sí mismo», aunque –se ve obligado a matizar inmediatamente– «otro problema es como se reparte» la riqueza generada por el desarrollo. O sea, el crecimiento es lo bueno en sí, pero sus benévolas consecuencias pueden ser distorsionadas por el intento de repartir los beneficios en vez de acumularlos, que es lo que pide la ley económica.

Como nada hay nuevo bajo el sol, la novedad de las ideas de Sala nos retrotrae hasta Heráclito «el enigmático» (siglo VI a.c.). En el fragmento 53 dice Heráclito que «la guerra es el padre y rey de todas las cosas...», mientras que en el 80 asegura que «debemos saber que la guerra es común a todos y que la discordia es justicia y que todas las cosas se engendran de discordia y necesidad». Al parecer, estos fragmentos fueron referidos a Homero, a fin de corregirle. Según Heráclito, Homero vendría a ser responsable (por ingenuidad e ignorancia) del intento de destruir el universo y la humanidad, debido a su bobalicona intención de evitar la guerra. Nada más letal; la guerra es imprescindible.

Por eso, Heráclito se ve en la necesidad de criticar severamente a Homero. En el fragmento 42 dice que «Homero debería ser suprimido de los certámenes y vapuleado...». En el 56 afirma que «En cuanto al conocimiento de las cosas visibles, los hombres son engañados, como Homero, quien sin embargo era el más sabio de todos los helenos...».

Si cambiamos «guerra» por injusticia, desigualdad, acumulación de riqueza y bolsas de miseria en correlación interactiva, tenemos la posición teórica del economista galardonado. En su obra *Heráclito* ya decía O. Spengler que el fragmento 80, antes citado, es un antecedente de uno de los principios de la energía: «Para que ocurra algo es necesario y suficiente que se den dife-

rencias no compensadas de intensidad de la energía». Es decir, que el capital no se redistribuya, en nuestra interpretación.

Naturalmente, también Sala creará que los estúpidos esfuerzos por hacer la sociedad menos injusta solo sirven para su deterioro definitivo. Si, por ejemplo, tomamos el problema del paro –ya lo he mencionado– su causa es, sorprendentemente, la excesiva redistribución de la riqueza. Cuando tantos ignorantes buscamos solucionar ese problema, ajenos al principio fundamental revelado por Sala, podemos imaginar remedios que únicamente son capaces de agravar el mal. Con ánimo de ayudarnos a evitar la tentación Sala pontifica: «Para resolverlo (el paro) se plantean recetas como la francesa, de reducir la semana laboral, lo que es un gran error». No queda claro cual es la naturaleza del error, además del nocivo deseo de eliminar desigualdades mediante la redistribución del trabajo, pero seguramente ha de consistir en que luchar contra el paro estructural es combatir la injusticia, lo cual es –antes o después– oponerse al crecimiento, al desarrollo y al propio sistema capitalista, o sea, una estúpida temeridad.

Duele pensar que los parados franceses anden aun a la búsqueda de una solución para «lo suyo»... como si lo suyo fuera un problema; cuando es, más bien, una bendita solución o, incluso, una condición de posibilidad del desarrollo económico que tanto «nos» beneficia. Solo le resta a Xavier Sala hacer «comprender» a los parados franceses –y, de paso, a los españoles– que es el desarrollo el que permite pagar sus subsidios («El problema del subsidio es que cuanto más cobras menos ganas tienes de encontrar un nuevo trabajo», Sala dixit). Y que lo entiendan sin que se les ocurra preguntar por qué están parados, por qué tienen que vivir de un subsidio, cuando quieren y pueden trabajar.

Gracias al laureado Sr. Sala nosotros ya sabemos hoy que eso ocurre por los excesos redistributivos. No es, ciertamente, cómodo para nuestra buena conciencia apercibirnos súbitamente de algo tan preocupante. ¿Habremos contribuido alguna vez al exceso de redistribución? En cualquier caso, se impone un urgente propósito de la enmienda.

Si el Profesor Sala va a explicar sus teorías sobre la genética del paro a los desempleados franceses, tal vez le convenga leer a Juan Jacobo Rousseau (*Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*), para mejor razonar por qué unos hombres han de tener trabajo y otros no; unos deben ser acumuladores de la riqueza y los frutos del desarrollo económico mientras que los demás tienen que renunciar a toda insensata redistribución. Ya en el Prefacio de la obra citada, J. J. Rousseau admite que «Considerando a la sociedad humana con mirada desinteresada y tranquila, no presenta desde luego otra cosa que la violencia de los hombres poderosos y la opresión de los débiles...». Pero de este juicio de hecho no deriva Rousseau ningún juicio de valor, sino todo lo contrario. En una idea tan preliminar como la contenida en el tercer párrafo del Discurso dice: «Menos aun se puede investigar si no habría enlace esencial entre las dos desigualdades; porque eso sería preguntar en otros términos si los que mandan valen necesariamente más que aquellos que obedecen, y si la fuerza del cuerpo o del espíritu, la sabiduría o la virtud, se encuentran siempre en los mismos individuos en proporción del poderío o de la riqueza; cuestión buena tal vez si se suscita entre esclavos para ser escuchada por sus amos, pero que no conviene con la condición de hombres razonables y libres que buscan la verdad».